



este modo sus vasallos y eran llamados retrofeudatarios del rey; de este modo fué disminuyendo el número de los hombres libres, que se hacían vasallos de un señor cualquiera, con el objeto de alcanzar su protección. El régimen feudal ponía á disposición del rey un ejército, que le era debido y que podía convocar sin consultar ántes con la asamblea general del pueblo; este ejército, llamado feudal, era completamente distinto del nacional, que estaba formado por todos los hombres libres.

La administración de los pueblos germánicos tenía por base la del imperio romano, y los nuevos reinos que formaban estaban divididos en ducados; éstos en condados, que á su vez se dividían en centurias, y éstas en barrios; los duques, condes, centuriones y decanos estaban encargados de la administración civil y judicial; pero los bienes de los reyes y los feudos reales estaban exentos de esta jurisdicción, y un privilegio de inmunidad les ponía exclusivamente bajo la de los señores, tomando de aquí origen la jurisdicción señorial. Todos los hombres libres tenían derecho para sentarse en los tribunales y tomar parte en los juicios; mas luégo que principiaron á faltar se escogió anualmente cierto número de ellos, que estaba obligado á asistir al tribunal y á éstos se les llamaba regidores (scabini, de *scapan* juzgar). Había además el tribunal del rey y la corte feudal; pero los diversos tribunales no se diferenciaban en cuanto á su competencia sino en cuanto á la extensión de su jurisdicción; la

corte feudal juzgaba todo lo que se relacionaba á la jerarquía feudal. Todos los hombres libres tenían el derecho de vengar con las armas sus ofensas personales; pero las multas fijadas por las leyes restringieron algo este derecho, porque se entendía que renunciaba á él todo el que aceptaba la multa, cuyo importe variaba según fuese el delito y la persona agraviada. Las legislaciones en los reinos germánicos no eran territoriales sino personales; el respeto que los germanos profesaban á la libertad individual les hizo permitir que cada cual fuese regido por las leyes bajo cuyo imperio había nacido, ó bajo las que se colocaba voluntariamente entrando en un estado regido por una legislación especial, y así se explica la existencia de legislaciones distintas en un mismo reino, y que la población romana se rigiese por el derecho romano, el clero por el derecho canónico y los pueblos germánicos por sus leyes especiales, que principiaron á consignarse por escrito luégo que se pusieron en contacto con los romanos y se convirtieron al cristianismo; entre éstas, las más notables son el Fuero Juzgo, la ley sálica y la de los Ripuarios; la de los alemanes, bávaros, visigodos, borgoñones, lombardos, frisios y anglo-sajones. Mientras que de este modo se establecía un nuevo orden político en Occidente, el Oriente sufría una completa transformación bajo la influencia del islamismo, que acabó, como veremos, por invadir la mitad del mundo civilizado.

CAPÍTULO V

ESPAÑA DESDE ATAULFO HASTA EURICO, DE 414 Á 466.

Procedencia de las tribus bárbaras que se apoderaron de nuestro suelo.—Primeros reyes godos que vinieron á España.—Ataulfo.—Sigerico.—Walia.—Combate Walia á los vándalos y alanos, y los vence.—Cédele Honorio la Segunda Aquitania, y fija su corte en Tolosa.—Teodoredo.—Famosa irrupción de los hunos.—Atila.—Célebre batalla de los Campos Cataláunicos.—Proclamación de Torismundo.—Sucédele Teodorico.—Derrota á los suevos de Galicia.—Saqueo de Braga y de Astorga.—Eurico.—Alarico.—Su Código.—El reino godo hasta Leovigildo.

Multitud de tribus bárbaras invaden el imperio y se han desparramado por sus regiones y aún no ha acabado el Septentrion de brotar hordas salvajes. Algunas de ellas han franqueado la barrera de los Pirineos y lanzádose sobre España (1). Se han repartido entre sí sus provincias. España ni es ya romana, ni ha dejado todavía de serlo: ni es vándala, ni alana, ni sueva, ni goda. Cada uno de estos pueblos ocupa una parte de la Península. ¿Pero cuáles son sus respectivos límites? Ni los puede fijar el historiador, ni lo saben ellos mismos. Su índole es la movilidad; conquistan, saquean y emigran á otra parte; su patria es el territorio que poseen. Pelean entre sí y con los antiguos poseedores, hacen alianzas y las deshacen, se ayudan y se hostilizan, según lo aconseja el interés del momento. Es un estado de fermentación social. Y la misma confusión que agita al mundo en lo material y físico, reina en los principios políticos y religiosos. Las naciones marchan lentamente hácia su fin al través de

este caos; esta confusión ha de traer un orden nuevo al mundo, y de aquí ha de nacer para España una monarquía propia que hasta ahora no ha tenido. Para apreciar debidamente la revolución que va á obrarse, menester es que digamos algo de la procedencia y carácter de los nuevos invasores.

Ya no se duda que el movimiento de emigración de esas grandes masas de hombres que inundaron el norte de Europa para desde allí derramarse por Mediodía y Occidente, partió del Asia, cuna y semillero del género humano. Tiempo hacia que estas masas de tribus bárbaras, empujadas por otras que sucesivamente iban emigrando del Asia superior, de la Escitia ó Tartaria, vivían en las heladas regiones de la Escandinavia ó Suecia, de la Dinamarca, de la Rusia y de la Germania, difundidas y como escalonadas desde la extremidad septentrional de Europa hasta las fronteras del imperio romano. La Providencia parecía haberlas colocado allí, como queriendo tenerlas dispuestas para la misión que un día había de encomendarlas. La superabundancia de población, unida á la esterilidad de aquellos helados y ri-

(1) Lafuente, *Historia de España*, tomo I, páginas 442 y sigs.



gurosos climas, les hacía apetecer y buscar un sol más claro y un suelo más fecundo. Tribus nómadas y guerreras obligaban á los pueblos vecinos á cederles su territorio, y los más fuertes lanzaban á los otros de las comarcas que ocupaban, ó los forzaban á someterseles; y los más inmediatos al imperio romano, ya empujados por los pueblos que tenían á su espalda, ya envidiosos de la fertilidad y dulzura del país meridional que delante tenían, se arrojaban á invadir las vecinas provincias del imperio. Las márgenes del Danubio eran como la línea divisoria entre la barbarie y la civilización. Rota una vez ésta, comenzó la pelea entre los hombres de la antigua sociedad destinada á perecer, y los hombres de la nueva sociedad destinada á reemplazarla, ó por lo ménos á refundirla.

Miéntas los romanos conservaron un resto de su antiguo valor, miéntas se pudo mantener en sus ejércitos la disciplina, y miéntas estuvieron al frente del imperio hombres como Marco Aurelio, Constantino y Teodosio, los bárbaros, aunque repitieron las incursiones, aunque su vigor, su ferocidad y su paciencia los hacía á propósito para la guerra y los combates, no pudieron todavía fijarse definitivamente en las provincias romanas. Lo que hicieron los godos, primeros invasores, y como vanguardia de los pueblos bárbaros, fué ir debilitando en lo material un imperio que la corrupción interior iba también moralmente corroyendo, al propio tiempo que ellos se dejaban ganar insensiblemente á la civilización, hasta el punto que había de convenir para la misión que estaban llamados á desempeñar. Mas cuando el imperio dejó de estar sostenido por manos vigorosas y robustas, cuando la molición y relajación le tenían enervado, entónces, á fines del IV y principios del V siglo de la era cristiana, de todas las regiones del Norte casi simultáneamente, y como movidos por un misterioso impulso y por un agente secreto, cayeron sobre el antiguo mundo romano con impetuosa irrisistible, aquellos enjambres numerosos de alanos, de suevos, de marcomanos, de hérulos, de hunos, de godos, de gópidos, de borgoñones, de vándalos, de alema-

nes y de otra multitud de razas indo-escitas y germanas, que fué uno de los más grandes acaecimientos, acaso el mayor y más portentoso que se cuenta en los anales de la humanidad. De aquellos pueblos, miéntas los godos al mando de Alarico saqueaban la capital del antiguo mundo, venían á España, después de haber devastado las Galias, los suevos, los vándalos y los alanos.

Los alanos, pueblo de raza escítica, habían habitado al principio entre el Ponto Euxino y el Mar Caspio. Luégo extendieron sus conquistas desde el Volga hasta el Tanais, y penetraron por un lado hasta la Siberia, y por otro hasta la Persia y la India. Invadido su país por los hunos, procedentes de las fronteras de la China, una parte de ellos se refugió en las montañas del Cáucaso, donde conservó su independencia y su nombre; otra parte avanzó hasta el Báltico, donde se asoció á las tribus septentrionales de Alemania, con los suevos, los vándalos y los borgoñones contra los godos. Tan agrestes y feroces, como amantes de la libertad, la guerra, el pillaje y la destrucción, eran sus placeres. Todo el objeto de su culto, un sable clavado en la tierra; su fuerza militar, como la de casi todos los pueblos tártaros, consistía en la caballería, y adornaban los caparzones de sus caballos con los cráneos de sus enemigos. Entre las hordas bárbaras que inundaron el mundo civilizado, los alanos se mostraron de los más sanguinarios y crueles. Tal era la tribu que se había apoderado de la Lusitania.

Los vándalos, que se cree pertenecían á las razas puramente germánicas, habían habitado todo lo largo de la costa septentrional, desde la embocadura del Vistula hasta el Elba. Habían hecho ya algunas invasiones en el imperio, y también habían peleado contra los godos. En la última irrupción venían de la Pannonia. Su amor á la independencia era igual al de los demás salvajes. Depredadores por inclinación, la memoria de sus devastaciones quedó en las tradiciones humanas como la de los grandes cataclismos, y el nombre de vándalos ha sido proverbialmente aplicado á todos los destructores de monumentos y de bellas artes.



Tocóle á esta raza llevar su planta destructora á la Bética.

Habían habitado los suevos cien cantones del interior de la Germania, desde el Oder hasta el Danubio. Cada cantón contribuía anualmente con mil guerreros para defender los intereses de todas las tribus. Eran los más bravos y temidos de los germanos. Su placer era exterminar, aniquilar poblaciones, y formar en torno de sí grandes desiertos. Retazos de pieles groseramente curtidas cubrían algunas partes de su cuerpo, y sustentábanse de la caza, y de la carne y leche de los ganados. Toda su religión consistía en sacrificar cada año un hombre en medio de bárbaras ceremonias, en un bosque que llamaban sagrado. Distinguíanse por su larga cabellera, que anudaban sobre la cabeza y recogían en una bolsa para entrar en batalla. Fueron de los que acompañaron á los vándalos y alanos en la invasión de las Galias y de España. Instaláronse éstos en Galicia.

Los godos, á quienes más nos importa conocer, eran, como los alanos, originarios de Asia, comprendidos bajo el nombre genérico de scitas ó getas. En sus trasmigraciones habían pasado á la Escandinavia, que Jornandes supuso equivocadamente haber sido el país natal de los godos. Sin que se haya podido fijar todavía la época cierta de cada emigración antigua de las tribus góticas, hallábanse ya en los primeros siglos de la era cristiana dos pueblos de godos, el uno en las costas del Báltico, el otro entre el Tanais y el Danubio, en los confines de Asia y Europa. Raza asiática en las costumbres, como los alanos y los hunos, germánica en la lengua como los suevos, los francos y los sajones, dividiase la nación en dos grandes tribus, y denomináronse por la diferente posición que ocupaban, los unos *ostrogodos* ó godos orientales, los otros *visigodos* ó godos occidentales (*Ost-Goths* y *West-Goths*), separados por el Dnieper (*Borysthenes*).

Detuviéronse en sus incesantes correrías los que llegaron á las márgenes del Danubio, así por los abundantes pastos que allí encontraron para sus ganados, como por no serles ya fácil llevar sus excursiones á países en que dominaban las poderosas armas romanas. Allí hicieron

alto largo tiempo, formando como la avanzada del grande ejército de los bárbaros. Pero engrandecidos ellos, y próximos á la civilización, no tardaron, como en su lugar hemos visto, en chocar con el mundo civilizado. Vencidos siempre al principio, no por eso desmayaban, ni dejaban de repetir sus incursiones. Y al tiempo que los visigodos con sus continuas acometidas iban debilitando el imperio romano, recibían á su vez en sus rudas imaginaciones las impresiones de la civilización. Poco á poco se iban endulzando sus costumbres con el ejemplo de lo que veían; el aspecto de las ciudades en que entraban les inspiraba admiración, respeto, deseo de imitación; las relaciones de los prisioneros mismos les hacían comparar las privaciones de su condición inculta y grosera con las comodidades y los goces de los pueblos cultos; iban penetrando en ellos las artes del mundo griego y romano, y hasta las ideas del cristianismo pasaron el Danubio, y fueron á enseñarles la excelencia y las ventajas de una religión y de unas costumbres tan distintas del culto grosero y de los hábitos feroces que ellos de los bosques traían. Así los visigodos, sin perder aún su primitivo vigor y energía, iban deponiendo un poco los instintos salvajes.

Llegó al fin el caso de verse como apretados, comprimidos y como empujados estos pueblos por otros más bárbaros y más feroces que detrás de ellos venían. Eran los hunos, raza la más salvaje de todas; los hunos, de horrible aspecto y de deforme rostro, que saliendo del fondo de la Tartaria y de las orillas del Mar Caspio, habían derramado sus innumerables hordas sobre el gran camino de las emigraciones asiáticas, y se encaminaban también hácia Occidente; encuentran los hunos á la raza poderosa y libre de los alanos y la someten: el vasto imperio de los ostrogodos, presidido por el viejo Hermanrico (*Heere-Mann-reich*, rico en hombres de armas), no puede tampoco resistir al ímpetu de aquella nueva avenida, y lleno de terror acaba por someterse también con casi todos sus aliados á los feroces hunos, y por engrosar el torrente de la invasión en lugar de resistirle. Coincidió este acaecimiento



con la época en que el imperio romano iba en visible decadencia, y entónces fué cuando se decidieron los visigodos á pasar por la vez postrera el Danubio, abandonando sus antiguas posesiones, y pidiendo en el imperio tierras que habitar. Entónces fué tambien cuando el obispo godo Ulfilas convirtió á sus compatriotas al arrianismo que profesaba el emperador Valente (1).

Desde esta época hasta su primera entrada en España hemos seguido paso á paso á los visigodos en sus relaciones con el imperio romano, principalmente con Honorio, bajo sus dos primeros reyes, Alarico (*All reich*, todo rico), y Ataulfo (*Atta*, padre; *Hülfe*, socorro). Dejamos tambien referido en el precedente libro cómo Ataulfo, á consecuencia de haberse desavenido con Honorio, invadió la España al frente de sus godos, y despues de haber combatido en ella los vándalos, murió asesinado en Barcelona por Sigerico (*Siege reich*, rico en victorias), cuyo reino duró sólo siete días, habiéndole asesinado á su vez los suyos.

Aun cuando Ataulfo no pueda decirse con propiedad el primer rey godo de España, puesto que sólo dominaba una parte de la Tarracense, él fué, sin embargo, el que concibió el pensamiento de arrojar de la Península española las razas bárbaras que la inundaban, probablemente con la intencion de fundar en ella un imperio gótico, cuyo pensamiento fué constantemente proseguido por sus sucesores.

Proclamado Walia (*Val*, baluarte) rey de los godos, supo con una política y una destreza no propias de un bárbaro, halagar primeramente el odio de sus gentes hácia los romanos, aparentando querer hacer á éstos la guerra. Mas como el general romano Constancio le propusiera la paz con la sola condicion de que le devolviera á Placidia, á quien seguia amando siempre, y á quien Walia tenía el estéril honor de guardar en su poder, aceptó el godo con la cláusula de que le suministrara el ro-

(1) Jornand. De Reb. Get.—Procop. De Bell. Vandal.—Amm. Marcell. Hist.—S. Isid. Hist. Goth.—Tacit. De mor. German.—Idat. Chron.—Aschbac, Geschichte der West Gothen.—Memor. de la Academia de la Hist., tom. I.

mano seiscientas mil medidas de trigo para mantener su ejército; cláusula que no podia ménos de contentar á sus soldados, faltos como se hallaban de subsistencias, y talados como estaban los campos. Con esto tuvo la habilidad de persuadirles que no era á Roma á quien les convenia entónces combatir, sino á los suevos, vándalos y alanos de España. «Roma es ya demasiado débil, les decia, y podemos darla por vencida. ¿Qué interes tenemos en conservar en nuestro poder á la hermana de Honorio? »Volvámosle á Placidia, y llevemos nuestras armas contra los vándalos y suevos, que es más digno de nuestro valor, y cuando hayamos concluido con ellos, Roma se humillará á nuestros piés por sí misma.» Acogieron los godos con entusiasmo las razones y la voluntad de su rey, y Walia los llevó á pelear con los vándalos de la Bética.

Breve y gloriosa fué esta primera campaña de Walia; los vándalos fueron vencidos y obligados á cruzar lo interior de la Península en busca de un asilo entre los suevos de Galicia, con quienes momentáneamente se confundieron. Walia intentó una expedicion á África, pero una tempestad que dispersó su flota le obligó á renunciar á su proyecto. Lo mismo habia intentado ántes Alarico desde Italia, y otra tempestad habia frustrado tambien sus intenciones. Parecia que era la voluntad de la Providencia que los godos no salieran de Europa, y que fundáran en Occidente un imperio gótico, precedido del exterminio de las otras razas bárbaras. Revolvió Walia entónces contra los alanos de la Lusitania: deshízolos igualmente, y sus restos fueron á incorporarse con los vándalos. Disponiase ya á acometer á los suevos, cuando supo que éstos, temiendo sin duda el empuje de las armas godas, habian reconocido la soberania de Roma y héchose tributarios del imperio, y se detuvo Walia en la carrera de sus victorias por un resto de respeto á la majestad romana.

Honorio, que celebraba los triunfos de los godos en España, haciéndose la ilusion de que le pertenecian á él, recompensó á Walia, dándole la segunda Aquitania, extendiéndose de este modo el imperio gótico desde Tolosa



de Francia hasta el Océano, comprendiendo tambien la mitad del país entre el Garona y el Loire. Walia fijó su asiento y la córte del imperio gótico en Tolosa, donde murió hácia el año 420.

Sucedióle Teodoro, que otros, con San Agustin, nombran Teodorico. Durante los primeros años de su reinado, los vándalos, que se habian refugiado entre los suevos de Galicia, subleváronse contra los mismos que les habian dado hospitalidad, y les hicieron cruda guerra. Pero al fin rechazados con vigor, viéronse aquellos bárbaros precisados á volver á la provincia á que habian dado su nombre, donde tornaron á ejercer sus acostumbrados estragos, y extendiéndolos á las costas de Valencia, tomaron y saquearon á Cartagena, diéronse á piratear por aquellas costas y las de las Baleares, y como si se cansára pronto de todo ejercicio este pueblo movible y versátil, volvió otra vez á establecerse en Andalucía, animado del mismo espíritu de destruccion, único que no le abandonaba nunca. Un acontecimiento inesperado vino á libertar las fértiles y desgraciadas comarcas de la Bética de aquella plaga asoladora.

En 424 habia muerto Honorio, aquel emperador á quien cupo la triste suerte de ver la púrpura de los Césares hollada por la planta salvaje de los hijos de los bosques. Habíale sucedido en el trono imperial el niño Valentiniano III, hijo de su hermana Placidia, la viuda de Ataulfo, la cual regia el imperio durante la menor edad de su hijo. Nombrado prefecto de África por la regente el conde Bonifacio, fué muy pronto relevado de aquel gobierno por instigacion de Aecio, general y consejero íntimo de Placidia. Tomólo Bonifacio por desaire y afrenta, y á impulsos del resentimiento resolvió vengarse de los cortesanos sus enemigos, á cuyo fin buscó el apoyo de los vándalos de Andalucía, invitándolos á que pasáran á África, y ofreciéndoles las dos terceras partes de las posesiones romanas en aquellas regiones, reservando sólo para sí la tercera, con tal que le dieran ayuda. Acogieron los vándalos la proposicion, ó por espíritu de movilidad, ó halagados por el ofrecimiento, ó deseosos de reposar de

las inquietudes que sufrían en la Península, ó por todas estas causas juntas. Dispusiéronse, pues, los vándalos á una nueva trasmigracion, y con su rey Genserico á la cabeza, cargando con todo el fruto de sus saqueos, y reuniendo sus mujeres y sus hijos, dirigiéronse al Estrecho de Gibraltar, donde se embarcaron en número de ochenta mil (428). Ahora iban los vándalos á África, llamados por un conde resentido, llevando el mismo derrotero que tres siglos despues habian de traer los moros de África á España, invitados por otro conde resentido tambien. En el espacio de tres siglos se ven iguales sucesos producidos por las mismas pasiones. Poco tardó Bonifacio en arrepentirse de su obra; pero ya era tarde. Apoderáronse los vándalos de toda la Mauritania, pusieron sitio á Hipona, donde murió la gran lumbrera de la Iglesia, San Agustin, seapoderaron de Cartago á los 585 años de haber el jóven Escipion destruido la ciudad de Anibal, y fundaron en África un imperio que sólo la espada de Belisario habia de poder más adelante destruir. Así iban los bárbaros del Norte entrando en posesion de todo el antiguo mundo.

Vinole bien á España, que así se vió libre de aquellas hordas feroces. Quedaban sólo los suevos (porque los alanos habian sido aniquilados), pueblo no ménos feroz y belicoso que los vándalos, que viendo las provincias del mediodía abandonadas por éstos quisieron conquistarlas para sí. Opusieron en vano, así los romanos como los españoles mismos, tan fáciles en adherirse á los godos, que en medio de sus violencias trataban mejor á los indígenas, como enemigos de la dominacion de los demas bárbaros. Victoriosos los suevos en una batalla que aquéllos les presentaron cerca del Genil, ocuparon á Sevilla y Mérida, y en pocos años llegaron á reunir bajo sus dominios la Galicia, la Bética y la Lusitania, llevando más adelante sus conquistas hasta la Cartaginense, provincia que se habia conservado romana, y que no fué restituida al imperio hasta el 443. Así se habia ido extendiendo y al parecer consolidando el reino suevo, bajo sus dos primeros reyes Hermerico y Rechila, si bien contra